

con su moderación y buena conducta, que respetando se hará respetable. Al que sin un motivo justo, hace cuestión de honor una futilidad cualquiera y saca la espada contra otro como un bravo de oficio, se le podrá calificar de espadachín, pero nunca de hombre de honor, pues exponiéndose sin razón, da ocasión para que lo ofendan.

El General ateniense, Temístocles, no se deshonró cuando amenazado por el bastón del General Euribiades, le dijo: "pega, pero escucha," haciéndolo convenir al fin en que se desarrollara un plan de batalla que salvó á Grecia de la deshonra y de la esclavitud que los persas querían imponerle, cuatrocientos ochenta años antes de la era cristiana. La moderación de ese sabio general, que tan bien comprendió que no estaba esta vez su honor en suscitar una cuestión personal con un compañero en circunstancias en que podrían cubrirse de ignominia las armas de su patria por ello, es precisamente la prueba de su positiva grandeza, que mucho lo enalteció después del suceso.

Cuando la verdadera honra sea ultrajada, entonces sí es indispensable borrar la mancha con decoro, á trueque del más grande sacrificio, entonces que se defienda hasta el último trance de la vida.

No pasaré sin citar aquí un episodio gigantesco de la batalla de Waterloo, ante el que con verdad pueden repetirse las palabras de Francisco I: "Todo se perdió, menos el honor." Al ponerse el sol, y cuando ya se había pronunciado la derrota en el ejército francés, un puñado de valientes soldados, entre los cadáveres de sus camaradas y envueltos en el humo de la pólvora, apenas se percibían á la luz siniestra del fuego de sus fusiles, defendiéndose

bravamente de los numerosos vencedores. La metralla inglesa se cebaba en aquella masa viviente, dejando un rastro de miembros palpitantes y ensangrentados. Se les intimó rendición en situación tan angustiada; pero el General Cambrone, jefe de aquellos veteranos, herido por tal proposición que le indignó, contesta con fiereza: "Nunca: la guardia antigua muere, pero no se rinde;" siendo ésta la última protesta del acrisolado honor francés en aquella terrible batalla, que cambió la faz del mundo, acabando con la preponderancia del más grande guerrero de los tiempos modernos.

Cambrone, en su protesta sublime, demostró esa vez que la Francia pudo ser vencida pero no humillada, y la sangre de tantos valientes selló el honor de esa nación que casi había sido señora del universo, y á la que no abandonó entonces la grandeza ni en su caída, haciendo así respetable la memoria de su desgracia, como es admirada la época de su fortuna.

Otros dos hechos heroicos quiero citar aún, en que brilla con toda su noble é inquebrantable fiereza esa virtud á que me refiero.

Guzmán el Bueno, que vivió del siglo XIII al XIV, siendo Gobernador de Tarifa, al ser atacado en aquella plaza, le fueron robados sus hijos por el enemigo, y se le dijo que si no rendía las armas degollarían al menor de ellos frente á las fortalezas. El corazón del padre sin duda quedó petrificado de espanto y de dolor ante aquella amenaza tan cruel que desgarraba sus más tiernos sentimientos; pero pudo más en esa alma grandiosa la honra del soldado, y contestó diciendo que antes de cometer tal baja que lo infamaba, prestaría su

puñal para el sacrificio, y de hecho arrojó el arma homicida por encima de la muralla á los verdugos, que inhumanos consumaron la obra.

¡Y Numancia! ¿qué podemos decir en elogio de esa heroica ciudad? Citar el hecho asombroso que la elevó al pedestal gigantesco de la gloria. Ciento treinta y tres años antes de nuestra era sufrió Numancia un largo sitio: desgarrada por diarios y sangrientos combates que sostuvo valerosamente; acosada por la sed devoradora y por el hambre, ya sin fuerzas para resistir, fué incendiada por sus defensores, que elevándose por su honor hasta el martirio, perecieron entre las llamas á la espantada vista del sitiador Escipión. No venció él á la heroica ciudad, sólo le tocó, como á la posteridad, contemplar sus ruinas con respeto, que eran la sagrada tumba de millares de héroes, ante la que enlutado se levantara el gigantesco genio de la fama, imponiendo silencio y admiración al universo.

Es preciso nutrirse en las ideas del honor para que alimentada el alma con su savia esté siempre dispuesta á hechos que ennoblecen.

El honor de las armas, el honor del estandar-te á que se ha jurado fidelidad, siempre debe dejarse bien puesto aun en los casos más desgraciados de la guerra; que nunca el cieno de la deshonor empañe la enseña que confía la patria en manos del soldado: que él es el responsable ante la nación de guardar el más valioso tesoro que posee, aquel que á tan alto grado eleva las reputaciones: *el honor*. Esa virtud, grande y heroica, inspira hechos tan sublimes que el espíritu humano se abisma en su contemplación como la mirada en el fondo infinito de los cielos.

El culto que se debe á esa virtud de las virtudes que yo evoco, es indiscutible, y más aún cuando se trata de la noble y valiente clase militar.

IX.

DEBER.

La instrucción, la moralidad, la disciplina, el honor, el valor, la abnegación, todo se refunde en una palabra sola, breve, sencilla, inflexible en el dominio que tiene sobre el espíritu: *deber*. Y siendo el deber militar el conjunto de mil obligaciones que llevan al soldado hasta el triunfo ó hasta el martirio, no sería posible tratar de él en un solo artículo, y por eso he derramado las ideas relativas en todas mis conversaciones.

Para el cumplimiento del deber es forzoso instruirse en las obligaciones que impone, es necesario no degradar el alma en la prostitución, es fuerza nutrirse en la subordinación que él demanda, es indispensable el valor para afrontar los peligros, es necesaria la honra, y más que todo, precisa templar el espíritu en el fuego de la abnegación, con lo que se soporta y se supera cuanto se halla en la esfera de lo posible.

El deber militar es el más imperioso de los deberes, porque exige grandes cualidades á quien

se obliga á cumplirlo: á su voz calla hasta la voz misma de la humanidad; en las aras del deber hay que hacer el sacrificio de todas las comodidades y de todos los tiernos sentimientos.

Así se ve con cierto sobrecogimiento al gran patricio romano Lucio Bruto, que sentencia á muerte y manda ejecutar á sus dos hijos por haber conspirado contra la patria, teniendo que destrozarse su corazón de padre para cumplir como probo magistrado con las leyes que le imponían tan doloroso deber.

El deber no cede, siempre exige la rectitud en todos los actos del servicio, en todas las circunstancias de la guerra; su simple cumplimiento no es una acción que merezca larga recompensa; mas siempre se hace justicia, siempre se encomia al que lleno de entereza desempeña constante el que le corresponde; por eso el mayor elogio que se puede hacer de un militar, es decir que está sin descanso esclavizado al deber. Expresando esto, se manifiesta que es conocedor de todas sus grandes y penosas obligaciones, y que las cumple con fidelidad. Que no basta saber cómo se ejecuta el servicio y conocer las virtudes militares. lo que enaltece es hacer exactamente lo debido. Hay oficiales instruidos en todo, pero que jamás practican nada; y estos seres sin pundonor, indolentes ó acomodatícios, son peores mil veces que el ignorante que ejecuta lo poco que está á su alcance.

Hay veces que el deber lleva al hombre hasta el más alto grado de heroísmo, y entonces sí es merecedor de la admiración y de la gloria. El pasado nos presenta la bella y severa figura de Arístides como el más noble y perfecto tipo del deber. Los

historiadores han ensalzado siempre á ese célebre general ateniense, y los griegos le levantaron estatuas y dedicaron fiestas para honrar su memoria, que vívida fulgura después de veinticuatro centurias.

El romano Marco Catón, más adusto tal vez que Arístides, pero menos desinteresado, es otro modelo digno de imitarse.

La falta al cumplimiento del deber hace despreciable á cualquier hombre en todas las condiciones en que pueda hallarse, y lo perjudica demostrando su ineptitud. Muy especialmente sucede esto en un soldado, porque el soldado sirve á los sagrados intereses de la patria, conforme á las leyes; y él, desde que sienta plaza en el ejército, protesta solemnemente ante el emblema nacional, cumplir su cometido, y falta á su honra si no lo hace, traicionando ignominiosamente á la fe jurada; ofende á las leyes que infringe, y huella los intereses de su país, marchitando así su dignidad, con lo que queda nulificado y sin esperanza de abrirse paso en la profesión que adopta. En vano sería brillar por cualidades mil, si el hombre, sin respeto á sus deberes desatiende ó infama lo que debiera darle gloria. En vano Alcibiades, que nació en Atenas cuatrocientos cincuenta años antes de nuestra era, con gran talento é instrucción notables, dirigida por Pericles y por Sócrates, fué consumado político y hábil, activo y valiente general; toda su grandeza se obscureció con sus faltas, y al fin fué muerto miserablemente sin que la posteridad tenga sinceras alabanzas para él.

Y el que cumple, aunque sea una medianía, lleva consigo la consideración de cuantos le rodean.

El célebre escritor Lorenzo Sterne, ha dicho que si alguna vez el hombre tiene derecho de envanecerse, es cuando *obra como debe*. Y es que la conciencia del deber satisface indudablemente, tranquiliza y eleva.

X. FIDELIDAD.

Al tratar de la fidelidad, mil ejemplos bellísimos se amontonan á la memoria, estremeciendo con el recuerdo de su franca nobleza los resortes del corazón del soldado, que debido á esa cualidad ha visto llevar á cabo sacrificios conmovedores, tan grandes, cuanto que han nacido de la más desinteresada generosidad que puede albergar el espíritu del hombre. ¿Mas para qué citar ejemplos sobre esta cualidad que seguramente todo militar de honor comprende y anhelará poseer? Sólo el ingrato ó el traidor querrá apartarse de ella; pero no me dirijo á esa escoria, que debiera segregarse como foco de corrupción de la humanidad, y como miembro podrido del ejército. No me dirijo á esos seres tan abyectos, cuyo castigo está en el desprecio universal con que son mirados: el ingrato no puede comprender el lenguaje de la fidelidad, porque el ingrato mal puede ser susceptible de un sentimien-

to leal, decidido y desinteresado, cuando que, como la vívora, muerde, dejando su ponzoña en la mano que le acaricia, burlando infame la bondad del que lo protege; el traidor, que se cubra la faz cuando oiga la noble palabra que con respeto evoco . . .

Me dirijo á oficiales dignos, cuyas ideas creo interpretar esta vez, al hablar de un asunto que entraña cualidades de que en lo general han dado pruebas.

La fidelidad militar es la honrosa lealtad á la causa que se defiende, la observancia de la fe jurada á la bandera á cuyo pie se filia el soldado cubriéndose con su flotante paño, enseña de la patria en que se nace, emblema del honor de la nación. La fidelidad es la adhesión, el afecto digno, desinteresado, del hombre para con su patria, para con su jefe, para con su amigo; la constancia, la abnegación, la firmeza en ese afecto. La fidelidad en el servicio, es la más puntual exactitud en ejecutarlo con celo, con integridad y sin descanso. La fidelidad en la palabra, es el más escrupuloso cumplimiento de ella, motivo por lo que es preciso ofrecer siempre aquello que puede y debe cumplirse, decir lo que se sabe que es verdad; haciéndose así el hombre respetable, empezando por respetarse á sí mismo, al no evidenciar su persona

El soldado fiel, pues, es el que sin abandonar sus banderas las defiende hasta el último trance, es el adicto con constancia inquebrantable, el puntualmente celoso en el desempeño de sus comisiones, el honrado, el leal, el incapaz de la mentira, de la vileza, de la ingratitud, de la infamia y de la traición.

La fidelidad en todas las condiciones de la vida es bellísima, y en la carrera militar importa un deber que siempre es grato cumplir á las almas leales. Su nobleza no necesita elogio, porque se recomienda presentando su belleza ante el espíritu de los valientes, ante el espíritu de los soldados, en donde parece que se anida por simpatía y donde es recibida como la luz por la mirada que vaga en la oscuridad. No necesita elogio, porque se recomienda con elocuencia irresistible para las almas que no habiéndose arrastrado en la más baja degradación, escuchan la voz del sentimiento y del honor.

XI. DISCRECION.

Todo soldado debe necesariamente ser discreto, y con mayor razón cuando está investido de algún mando, por pequeño que este sea.

Por discreción no sólo se comprende la moderación en los actos más ó menos insignificantes de la vida, el discernimiento en las cosas que no tienen trascendencias, el sosiego en las cuestiones de poca monta, el ocultar el disgusto que algún hecho trivial causa. Todo esto es lo de menos importancia; aunque en los diversos casos que se presentan, mejor es reprimir la violencia, dejando lugar á que

la razón bien aconseje el ánimo; pero en lo que esencialmente precisa ser discreto, es en las disposiciones que pueden entrañar una injusticia ó acarrear una desgracia; en los asuntos trascendentales de la guerra, que es el elemento del soldado y la que lo hace descender ó elevarse gloriosamente.

Combatir sin reflexionar las circunstancias en que se encuentra la tropa amiga y la enemiga, sin tomar en consideración la propiedad del terreno para las armas que deben maniobrar, y sin aprovechar las ventajas que la anticipación ó el retardo pudieran traer, es una indiscreción incalificable. Atacar al enemigo sólo por arrebató de vanidad, ó con el objeto de acallar murmuraciones de algunos maliciosos ó ignorantes, que ni son responsables del resultado, ni pueden ser envueltos en el desprestigio que alcance al superior, es una delincuente imprudencia también. A más de la reputación propia, á más de la vida, por otra parte es, menester tener principalmente fijo el pensamiento en los intereses que emanan del que manda, en la utilidad de la causa á que se sirve. Cuando el hombre sólo expone su persona y sus intereses, es dueño hasta cierto punto de dar rienda suelta á sus deseos; pero cuando dependen de él otros hombres y otros intereses, es criminal su indiscreción en el obrar.

Es preciso tener presente que en casos tan graves, todo error por pequeño que sea produce amargos resultados; mas no por un exceso de prudencia rechazaría yo nunca un golpe de audacia; pero que esa audacia pese en la balanza de una madura reflexión todos los azares, que sea iluminada por la luz de la razón en sus preparativos, y que

no de una manera salvaje se lance á oscuras con peligro de estrellarse en su primer arranque.

La audacia en la guerra es propia de los hombres de valor y de genio; pero no es que ellos, sólo por una inspiración inconsiderada, emprendan fantásticas empresas; que el águila antes de lanzar su vuelo medidas tiene sus fuerzas para levantarlo, y así esos hombres, abrazando con talento y con saber toda una situación con su mirada, computan con rapidez el tiempo, el modo y la oportunidad de batir al enemigo con ventaja, y como un proyectil, caen sobre su punto débil, que de antemano habían previsto. Siempre, pues, son guiados por el sano criterio de sus concepciones, que son veloces como el relámpago que en instantes ilumina el firmamento.

Esos *bien pensados* golpes de audacia, valiéndome de una frase de Setani, "espantan como el trueno y hieren como el rayo"

Mil ejemplos de esta verdad hay en las campañas de Napoleón I. Con una razonada y previsora audacia preparó la renombrada victoria de Marengo, calculando las distancias, el tiempo preciso para recorrerlas y la manera de vencer los obstáculos que supuso debía encontrar para la realización de sus proyectos admirables: sin que el enemigo pudiera siquiera figurarlo, atraviesa las encumbradas y escabrosas cordilleras de San Bernardo, con un ejército numeroso que llevaba consiguientemente sus pesados trenes; hace pasar luego con rapidez de una manera ingeniosa, la artillería frente al inexpugnable fuerte de Baro que ocupaba el enemigo, y adelantándose en las llanuras coloca con admiración de sus contrarios, á su ejército donde era

más conveniente, sin que pudieran ellos darse cuenta de esos audaces movimientos, que á haber sido adivinados, imposible hubiera sido su ejecución, y segura la derrota de los franceses. Después, aconsejándose de la prudencia, no se lanza al combate decisivo, en el nuevo frente que había tomado, sino que retrocede batiéndose por doce horas consecutivas, hasta llegar al punto que era necesario para consumir el triunfo, y una vez allí, fué la victoria; siendo la consecuencia de esa sola batalla, por el lugar y circunstancias en que se libró, el poner otra vez bajo el influjo de Francia á la Lombardía, al Piamonte y á la Liguria, con doce fortalezas que defendían esos países.

En los asuntos político-militares, más de una vez se pudo admirar la discreción de Napoleón, aunque esa cualidad no lo acompañó con constancia, motivo por lo que se desplomó ese inmenso titán, rompiéndose su figura colosal en la enhiesta roca de Santa Elena.

Otra vez, al hablar de lo inconveniente que es hacer alarde de una susceptibilidad exagerada en la honra, cité la muy discreta conducta de Temístocles, que al ser amenazado por el bastón de Euribiades, cuando trataban del modo de combatir al enemigo común, no se alarmó, y sosegadamente le hizo convenir en que se desarrollase el plan de batalla que le proponía para salvar á Grecia, el cual se verificó dando un feliz resultado, que no se hubiera obtenido si la prudencia hubiera faltado al ateniense en un lance en que su disgusto, separando á las tropas griegas al frente de las contrarias, hubiera ocasionado la ruina de ellas y la esclavitud de su país.

Concluyo con decir que el tomar una pronta resolución no significa siempre falta de prudencia, sino viveza de pensamiento; y á quien pronto y bien piensa, excusada le está la tardanza en largas reflexiones; mas cuando no haya esa facilidad para discernir, necesario es madurar con tiempo las ideas. Hay accidentes que no dan lugar á detenerse en pensar lo que se debe hacer, pues se pierde en ese caso lo más precioso, que es la oportunidad, y por esa razón, un militar en campaña debe estudiar siempre las distintas situaciones en que se encuentre, suponer lo que puede sobrevenir, y de antemano resolver cómo debe portarse. Así, aunque el caso no llegue, ejercita su inteligencia, la dilata en el ancho campo de las mil hipótesis que se forja, ilustrándola con ellas para más discretamente obrar en un momento dado.

La cualidad de ser discreto, es indispensable en todas circunstancias y muy especialmente cuando se trata de asuntos que envuelven intereses sagrados, confiados al buen juicio, al valor y á la honra del soldado.

Algún escritor entendido ha dicho que “las resoluciones inconsideradas exponen á amargos arrepentimientos.”

XII.

CLEMENCIA.

Al tratar de la clemencia, me parece necesario principiar por decir lo peligroso que es el confundirla con la falta de ánimo para castigar. Noble es ser indulgente con el vencido, pero injusta la falta de energía con el criminal: lo primero demuestra grandeza de alma, lo segundo debilidad de espíritu.

Cuando se representa la magestad de la justicia y cuando ella demanda el castigo del culpable, es preciso levantarse sobre las impresiones del momento, más alto de una compasión pueril que trae el bien del delincuente con perjuicio de la sociedad entera.

De la tolerancia del delito viene la fecundidad del mal. Que no se extravíe, pues, nunca, el sentimiento de la generosidad, hasta el extremo de ultrajar á la justicia.

Explicado lo anterior, de la clemencia tengo que decir que es un destello divino sobre el mundo; una virtud sublime que engrandece á quien la posee, y más aún, si se encuentra en el soldado.

Es necesario echar mano á la espada para vencer; pero es infame zacia la sed devoradora de la venganza con la sangre de los vencidos. Con esa sangre se escribe la fama espantosa de la cobarde crueldad, cuyos monstruosos ejemplos nos presenta

la historia horrorizada. Miramos al miserable Calígula, sin ánimo para el combate y con alma para asesinar millares de víctimas indefensas; llegando en su embriaguez de lágrimas y sangre, á desear que la humanidad tuviera una cabeza para cortarla de un hachazo. Miramos al infame Nerón que lloraba como una mujer al primer viento desfavorable de la fortuna, sin valor para sustentarse en el trono romano; pero conteniendo inmensa hiel en el corazón cobarde, para servirse de los hombres como teas, mandando que de trecho en trecho los quemaran vivos, amarrados á postes, para que le alumbraran sus bacanales nocturnas. Y tantos, tantos cuadros siniestros se ven en esa luctuosa galería, pintados con la sangre vertida por los verdugos, que es preciso volver la vista á otra parte para no sentir vértigos al contemplarlos.

De cobardes es la sed de sangre humana, y por todos los hombres y en todos los tiempos es maldecido el asesino que por placer la vierte.

El soldado debe anhelar cubrirse de gloria, pero no de infamia; que conquiste la fama, que busque el aplauso universal, mas que no sumerja en mares de sangre inútil sus hazañas, que entonces le servirán de oprobio.

El genio tempestuoso de la guerra da su tronante alarido, que se levanta hasta el cielo en pirámides de humo; zumban las negras alas de la muerte sobre el confuso campo de batalla; el eco del clarín se oye marcial, repercutiendo en las vecinas montañas, acompañado del grito de mil truenos que levanta la potente artillería al arrojar sus proyectiles, y del nutrido fuego que los batallones lanzan antes de que un mar de ballonetes haga chocar

olas contra olas; los escuadrones, rodeados por el fuego y envueltos por el humo y el polvo que levantan en su arranque destructor, parecen relumbrantes trombas en medio de esa tempestad humana. Más cerca se oyen las voces de mando, las bélicas arengas y se ven brillar las armas y flamear los pendones. . . .

Un velo negro cubre á poco la escena, un tronante fragor en que todos los ruidos se confunden, sólo se oye. . . . El velo se desvanece lentamente, el ruido va cesando; los caudillos expresan á nombre de la patria su gratitud á los soldados, y los instrumentos de guerra dan el toque estrepitoso de victoria; pero cuántos gemidos lastimeros de aquellos que tienen sus miembros destrozados, cuánta tristeza en los desgraciados prisioneros. Que se restañen las heridas, que se consuele y no se humille al infortunado que sufre el cautiverio amargo ¡Concluido el furor de la batalla, es bellissimo el perdón! “Las almas heróicas, dice Segur, son las únicas que conocen los afectuosos respetos que se deben á los vencidos.” ¿Y qué puede dar al soldado más satisfacción y gloria que la generosidad? La generosidad es admirada por amigos y enemigos; ella rinde á los últimos hasta hacerles dar el tributo de alabanza al benigno vencedor.

Jamás, pues, en ninguna circunstancia de la vida, se debe desconocer el sublime y grandioso principio de la humanidad sobre la tierra. Nunca debe olvidarse el imprescindible deber de ser benigno con el enemigo subyugado, de ser noble ante la desgracia.

Con la aureola divina de la clemencia, todos los hechos se embellecen más; es un fulgor que hace más vívido el esplendor de las glorias militares.